

“MUY DETERMINADA DETERMINACION”

Un elemento vital en el esquema de la espiritualidad teresiana

La doctrina ascética de Santa Teresa de Jesús respecto a las virtudes se reduce a las tres señaladas en el *Camino*, a las «virtudes grandes», que son «amor unas con otras», «desasimiento de todo lo criado» y «verdadera humildad» (1). Sin embargo, falta todavía una virtud, que pone en movimiento todas las energías del alma para conseguir estas mismas virtudes y desarraigar los malos hábitos. *Es la determinación de darse resueltamente a Dios y al ejercicio de la oración mental.*

Este segundo aspecto de la determinación teresiana es más llamativo y más peculiar en la Santa. Queremos hoy dedicarle estas páginas, aun a sabiendas de que invertimos el orden lógico, por amor a la mentalidad teresiana y por haber constatado su importancia a lo largo de un estudio y lectura continuadas de las obras de la Mística Doctora.

I. EN EL EJERCICIO DE LA ORACION MENTAL.

Todos sabemos el papel que ocupa la oración mental en la síntesis de Santa Teresa. Por eso, donde más insiste ella es en este particu-

(1) C. 4, 4; Cfr. C. 15, 3; C. 10, 3.

Citaremos las obras teresianas conforme a las siguientes siglas:

V. = Vida.

C. = Camino de Perfección, autógrafo de Valladolid.

M. = Moradas.

F. = Fundaciones.

R. = Relaciones.

CAD. = Conceptos del Amor de Dios.

CA. = Camino de Perfección, autógrafo de El Escorial.

Por razones de orden práctico usamos la cuarta edición breviarío —que responde fielmente a la «crítica»— del P. SILVERIO DE STA. TERESA, O. C. D., *Obras Completas de Santa Teresa de Jesús*, Burgos, El Monte Carmelo, 1949. Advertimos, sin embargo, que las *Relaciones* y la primera edición del *Camino* —autógrafo de El Escorial— se citarán

lar: con la oración mental, se conseguirán las virtudes, y con éstas, la perfección. Consiguientemente, la Santa se afana en inculcarnos una fidelidad continua al ejercicio de la oración mental. Su insistencia es notable, por lo que se convierte en una idea dominante. Tanto en la *Vida* como en el *Camino*, antes de entrar de lleno en la materia de la oración o cuando apenas aún ha cruzado el umbral, se detendrá un instante, para recordarnos la decisiva importancia de las primeras determinaciones. Es clásico su enérgico hablar:

«Ahora, tornando a los que quieren ir por él [camino real de la oración mental] y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiere llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (2).

En su *Vida*, es análogo el apremio con que la Santa exhorta a comenzar la oración mental con grande determinación (3).

El tono polémico con que habla Teresa es muy fácil de comprender. Los tiempos en que ella escribía el *Camino* justifican muy bien su lenguaje. España fué testigo de varios pseudomísticos, cuyos engaños intimidaron a las almas. Por eso, uno de los mayores sufrimientos que experimentó la misma Teresa en los comienzos de los fenómenos místicos fué el temor de ser una más entre tantos que se decían engañados por el demonio. De aquí que, al escribir el *Camino* e inculcar la determinación con que se ha de comenzar el ejercicio de la oración mental, enumeré la Santa los inconvenientes que aducían algunas almas.

La respuesta de la Santa no se hace esperar:

«... ningún caso hagáis de los miedos que os pusiere[n], ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es que quiera yo ir por un camino adonde hay tantos ladrones, sin peligro, y a ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo para que os le dejen tomar en paz; sino que por un maravedí de interés se pondrán a no dormir muchas noches y a desasosegaros cuerpo y alma. Pues cuando, yéndole a ganar o a robar, como dice el Señor que le ganan los esforzados, y por camino real, y por camino seguro por el que fué nuestro Rey, y por el que fueron todos sus escogidos y santos, os dicen hay tantos peligros y os ponen tantos temores los que van, a su parecer, a ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán?

«¡Oh, hijas mías!, que muchos más, sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano, y pierden del todo el agua, sin beber poca ni mucha, ni de charco, ni de arroyo. Pues ya veis, sin gota de este agua, ¿cómo se pasará camino a donde hay tantos con quien pelear?» (4).

Teresa no podía negar de un plumazo las dificultades del camino de oración mental ni los peligros en que puede caer un alma, pues

directamente por la edición «crítica», ya que en el breviario no se hallan íntegras las obras mencionadas. Los puntos suspensivos y los relieves tipográficos son nuestros.

(2) C. 21, 2.

(3) V. 11, 1-5.

(4) C. 21, 5-6.

tanto empeño ponen sus enemigos. Pero de esto mismo concluye la necesidad de luchar con valor y determinación, ya que el tesoro, a cuya conquista aspira quien se dedica a la oración mental, es de tal precio, que no se conquista a brazos cruzados. La autoridad evangélica aducida por Teresa confirmará su afirmación: este tesoro lo «ganan los esforzados» (5). Por eso, la conclusión que la Santa deduce y recomienda a sus hijas no podía ser más apodíctica: «Quien os dijere que esto es peligroso, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él... Peligro será no tener humildad y las otras virtudes; mas camino de oración, camino de peligro, nunca Dios tal quiera» (6). Quien procede con recta intención y apoyada en sólida virtud, no tiene por qué temer. Los casos aislados no constituyen regla general, y más son los escándalos de quienes no practican la oración mental (7).

«Así que, hermanas —termina Teresa—, dejasos de estos miedos; nunca hagáis caso en cosas semejantes de la opinión del vulgo. Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad, menosprecio de todas las cosas del mundo y creer firmemente lo que tiene la Madre Santa Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino» (8).

Refutada la objeción, Teresa propone más adelante, en el capítulo 23, las razones positivas: «Pues digo que va muy ancho en comenzar con gran determinación, por tantas causas que sería alargarme mucho si las dijese. Solas dos o tres os quiero hermanas, decir» (9). A continuación, señala tres.

La primera se funda en un deber que exige la justicia y el amor para con Dios:

«La una es, que no es razón que, a quien tanto nos ha dado y continuo da, que una cosa que nos queremos determinar a darle, que es este cuidadito (no, cierto, sin interés, sino con tan grandes ganancias), no dársele con toda determinación, sino como quien presta una cosa para tornarla a tomar. Esto no me parece a mí dar, antes siempre queda con algún disgusto a quien han prestado una cosa cuando se la tornan a tomar, en especial si la ha menester y la tenía ya como por suya. ¡Oh, que si son amigos y a quien la prestó debe muchas dadas sin ningún interés! Con razón le parecerá poquedad y muy poco amor, que aun una cosita suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor» (10).

Después, la Santa continúa desarrollando la misma idea, comparándola al amor de los esposos. El dedicar determinado tiempo a la oración mental es dar a Dios este tiempo, ya que, según la bella definición teresiana, oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (11). Teresa quiere que se ocupe en Dios el pensamiento, siquiera un poquito, y esto con grande determinación de hacerlo siempre. Es una exigencia del amor,

(5) C. 21, 5; Mat. 11, 12.

(6) C. 21, 7.

(7) C. 21, 8.

(8) C. 21, 10.

(9) C. 23, 1.

(10) C. 23, 1.

(11) V. 8, 5.

una joya que da el alma a Dios en prenda del amor que le profesa: «Obras quiere el Señor, dirá la Santa, y gastar algún tiempo en su intimidad, es la mejor muestra del amor» (12).

Sin embargo, aunque sea un deber de justicia y amor, la Santa exige una fidelidad que no conculque otros deberes por seguir una conducta escrupulosamente matemática. Sino «la intención esté —dice Teresa— firme, que no es nada delicado mi Dios; no mira en menudencias» (13).

Y la Santa remata este primer motivo con una frase de oro, que por sí sola basta para convencer al alma a determinarse al ejercicio de la oración mental y darse del todo a la intimidad divina: «Para pagarnos [Dios], es tan mirado, que no hayáis miedo que un alzar de ojos con acordarnos de El deje sin premio» (14).

«Otra causa es —continúa la Mística Doctora—, porque el demonio no tiene tanta mano para tentar; ha gran miedo a ánimas determinadas que tiene ya experiencia le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas viene en provecho suyo y de los otros, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados ni confiar en esto, porque lo tenemos con gente traidora, y a los apercebidos no osan tanto acometer porque es muy cobarde; mas si viese descuido, haría gran daño. Y si conoce a uno por mudable y que no está firme en el bien y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra; miedos le pondrá e inconvenientes que nunca acabe» (15).

En la *Vida*, la Santa señala el grande interés que muestra el demonio para impedir al alma una decidida y fiel entrega a la oración mental. Por eso procura espantarla con hartos miedos. El motivo es muy claro para la Santa: ningún alma se salva o se condena sola. Por cada una que llega a la cumbre de la perfección, otras muchas pierden el enemigo infernal (16).

La tercera y última razón que aduce Teresa para que el alma comience con grandes ánimos el camino de la oración mental es muy suya. La Doctora del realismo y la que aconsejaba hacer de la necesidad virtud (17), muestra aquí un sentido psicológico muy profundo, fruto de experiencia propia y ajena. Escribe así:

«La otra cosa es, y que hace mucho al caso, que pelea con más ánimo. Ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe, si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla ha de morir después; pelea con más determinación y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva adelante lo que le importa la victoria y que le va la vida en vencer» (18).

(12) C. 23, 2. Cfr. M5, 3, 11.

(13) C. 23, 3.

(14) C. 23, 3.

(15) C. 23, 4.

(16) «... son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí: como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía. Póneles [el demonio] tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios» (V. 11, 4).

(17) C. 32, 4.

(18) C. 23, 5.

Pero Teresa se coloca aquí en el peor de los casos, y lo hace así para argumentar de ahí con más fuerza, pues ella sabe que el alma no será vencida en la batalla. Aún más, la Santa nos exhorta a comenzar con la convicción de que llegaremos al término final; si el alma es vencida, será porque ella lo quiere. Y, aun en el caso de que lo sea, no en vano habrá hecho lo que ha hecho. Por otra parte, la ayuda divina está siempre a nuestro alcance; Dios, que nos llama a cimas tan excelsas, no nos abandonará en el camino (19).

Esto lo tenía muy en cuenta la Santa. Ella se mantiene en el término medio que exigen las cosas: A pesar de la insistencia con que inculca las primeras animosas determinaciones, llenas de generosidad, ella sabe bien que nada podemos sin la ayuda divina, ni siquiera formular en nosotros estas mismas primeras determinaciones. ¡Cuánto menos tener la fortaleza suficiente que ella pide a través de todo el itinerario de la oración y perfección! (20).

Por eso, exhorta a confiar en Dios, sobre todo, en las innumerables dificultades de los primeros grados de oración, cuando las virtudes están aún sustentadas por manjares ascéticos. Quien viere en sí la determinación de seguir a Cristo con la cruz en las primeras arideces, puede pelear con ánimo y confianza, porque «favorece el Señor mucho a quien bien se determina» (21).

¿Por qué insiste tanto la Santa en este tema de la determinación inicial? En primer lugar, porque, como después veremos, había experimentado ella misma su eficacia. Pero también porque sabe —apoyada en experiencia propia y ajena— que la oración mental, y con ella la vida espiritual, marcha a pasos de gigante. Por eso, escribe:

«Quiere Su Majestad y es amigo de *ánimas animosas*, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí, y *no he visto a ninguna de éstas que quede baja en este camino*; ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino *animarse a grandes cosas*; aunque luego *no tenga fuerzas* el alma, *da un vuelo y llega a mucho*, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda».

«... Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar aunque después temió. *Estas primeras determinaciones son gran cosa*, aunque en este primer estado [de oración] es menester irse más deteniendo y atados a la discreción y parecer de maestro; mas han de mirar que sea tal que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas» (22).

Aquí queda bien justificado el encarecimiento de Teresa. Ahora

(19) «Es también necesario comenzar con seguridad de que, si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayáis miedo os deje morir de sed el Señor que nos llama a que bebamos de esta fuente» (C. 23, 5).

(20) «Harto gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien, porque, si persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va habilitando él el ánimo para que salga con esta victoria... No es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios» (V. 11, 4).

(21) C. 14, 1; V 11 12 s.

(22) V. 13, 2 y 5. Cfr. CAD. 2, 29.

comprendemos su actitud. Su fino sentido psicológico evidencia la doctrina que predica.

II. EN LA PERFECCION EN GENERAL.

Aunque sea en el ejercicio de la oración mental donde la Santa se ha prodigado más en este tema de la «muy determinada determinación», no faltan, sin embargo, textos en los que hace referencias a otros aspectos de esta misma virtud. Con todo, se ha de confesar que aquí no es tan rico el magisterio teresiano como en su tema favorito de la oración mental.

Tocaremos tan sólo tres puntos:

- a) Determinación de conformarse con la voluntad de Dios en todo.
- b) Determinación de evitar el pecado.
- c) Determinación de adquirir virtudes.

a) «*Fiat voluntas tua*».—Según Teresa —de acuerdo con toda la espiritualidad cristiana—, la perfección consiste en hacer siempre y en todo la voluntad de Dios. A ello se ordena toda la actividad del alma: la unción del alma con Dios, «regalada» o «no regalada», según el beneplácito de Dios (23).

Todo esto lo ve encerrado la Santa —y con mucho acierto— en la petición del *Padrenuestro* «*Fiat voluntas tua*». El capítulo treinta y dos del *Camino*, lo intitula Teresa: «Que trata de estas palabras del Paternoster: "Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra", y lo mucho que hace quien dice estas palabras *con toda determinación* y cuán bien se lo paga el Señor.»

Teresa da tanta importancia a esta determinación de entrega total y franca a la voluntad de Dios, que confiesa ser ésta la finalidad de todo el libro *Camino de Perfección* (24); lo mismo que la de la oración mental, que es el tema central de todos los escritos teresianos. Por eso, la determinación de darse de lleno a la oración tiene como consecuencias todas las demás de que ahora hablamos (25).

Esta entrega decidida a la voluntad de Dios basta para santificar el alma. Por eso, la Santa no se cansa de encarecernosla: «¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene este don! *No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en Sí y hacer una unión del Criador con la criatura*. Mirad si quedaréis bien pagadas...» (26).

Por consiguiente, «quien de veras hubiere dicho esta palabra al

(23) M5, 3 s.

(24) C. 32, 9.

(25) «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y *determinarse* y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conformar con la de Dios» (M2, 1, 8).

(26) C. 32, 11.

Señor, "fiat voluntas tua", todo lo ha de tener hecho, con la determinación al menos» (27).

Cuando este «darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya» (28) pasa de una mera veleidad y aparece ser una determinación sincera y eficaz, comprobada con las obras, más unida se encuentra al alma con Dios, y más apta a la acción sobrenatural (29).

Teresa compara a la de una joya la entrega de nuestra voluntad a Dios, al modo que lo hizo antes, al hablar de la oración mental. Quien recita el «fiat voluntas tua» y no se determina a cumplir estas palabras en la vida práctica, se burla de Dios, porque mil veces damos a Dios la joya de nuestra voluntad, «y tornámosela a tomar» (30).

La Santa no se detiene en un enunciado abstracto; su instinto y su amor a la vida real y a las cosas concretas la inducen a señalar cuál es la voluntad de Dios y a qué se ha de determinar el alma generosa al abandonarse en los brazos amorosos de Dios, emitiendo su «fiat» de entrega total:

«Pues quiéeroos avisar y acordar —escribe Teresa— qué es su voluntad. No hayáis miedo sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que le dais, y quiéeroos pagar bien, pues os da su reino aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del Huerto. *Como fué dicho con determinación y de toda voluntad*, mirad si la cumplió bien en El, en lo que le dió de trabajos y dolores, e injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz» (31).

Cristo es el modelo acabado de determinaciones para Teresa. El «fiat» pronunciado antes de los atroces sufrimientos de su Pasión es él blanco de las miradas de la Santa. La Pasión y Muerte de cruz fué la voluntad de Dios para Quien más amaba. Con esta consideración, la Mística Doctora deduce dos conclusiones:

— La voluntad de Dios se concretiza en los dolores y sufrimientos de esta vida.

— Estos son un índice del amor que nos tiene Dios y del que tenemos nosotros a El.

Es fácil comprobar cuán arraigadas estaban en la Santa estas ideas; pues, como si no fuera ya claro su pensamiento, líneas adelante lo explicita, llena de convencimiento palpable:

«Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dió, por donde se entiende cuál es su voluntad. Así que éstos son sus dones en este mundo. Da conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más; a los que

(27) C. 36, 2.

(28) C. 32, 9.

(29) «Y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más, más nos llega el Señor a sí, y la levanta de todas las cosas de acá y de sí misma para habilitarla a recibir grandes mercedes, que no acaba de pagar en esta vida este servicio» (C. 32, 12). Cfr. CA. 56, 1.

(30) «No son estas burlas para quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razón burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el Paternoster. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dárselas...; a las veces, no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosela en la mano y tornámosela a tomar. Somos francos de presto, y después tan escasos, que valdría en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar» (C. 32, 8).

(31) C. 32, 6.

menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a Su Majestad. A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por El; al que amare poco, poco. Tengo yo para mí, que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña, es la del amor» (32).

Papel de la virtud de la fortaleza es aceptar con entusiasmo estos dones divinos y actualizar a cada momento la determinación con que el alma entregó a Dios su voluntad. Obrar de otra forma sería jugar con Dios, «es mostrar la joya e irla a dar y rogar que la tomen, y cuando extienden la mano para tomarla, tornarla vos a guardar muy bien» (33).

b) *Determinación negativa.* — Otro de los aspectos de las primeras determinaciones, íntimamente unido con el anterior, es la de *evitar el pecado*. Es una exigencia del «fiat» del alma, que quiere quitar todo obstáculo que impida la realización de su entrega a Dios.

En el libro *Moradas*, Teresa describe la lucha ascética del alma que aspira a la perfección (34). En los comienzos de las segundas, la Santa nos advierte que las almas no tienen determinación de dejar las ocasiones de pecado, «que es harto peligro» (35). La batalla que presenta aquí el demonio hace indecisa al alma. Finalmente, ayudada de la fe y de la razón, toma la decisión de romper con el pecado (36).

Teresa aplica juntos aquí la segunda y la tercera razón que nos puso antes, para que el alma se determine a seguir el camino de oración mental (37): «Siempre esté con aviso de no dejarse vencer; porque si el demonio le ve con una *gran determinación* de que antes perderá la vida y el descanso y todo lo que le ofrece que tornar a la pieza primera, muy más presto le dejará» (38).

La determinación de eliminar el pecado es condición esencial para toda alma que aspira a la perfección. Bien lo tenía en cuenta la Santa cuando escribía: «Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la *mayor determinación* de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos, *no ofenderle*» (39).

Aunque el alma está muy determinada a no hacer una ofensa a Dios por cosa de la tierra, no por eso deja de caer alguna vez. Sin embargo, es mucho este paso, y puede confiar en la ayuda divina que saldrá con victoria; porque, poco a poco, con estas determinaciones engendrará hábitos buenos y conseguirá arrancar los malos (40).

c) *Las virtudes.* — También las *virtudes* crecen bajo el primer impulso dinámico de la decisión de entregarse a la oración mental. Para comprobarlo, baste considerar el programa que la Santa nos plantea

(32) C. 32, 7.

(33) C. 32, 7.

(34) Cfr. principalmente M2.

(35) M2, 1, 2.

(36) M2, 1, 3-6.

(37) C. 23, 4-5.

(38) M2, 1, 6.

(39) M4, 1, 7.

(40) C. 41, 4; C. 11, 5.

en la pequeña introducción a las *cuatro maneras de regar el huerto*, bella alegoría para explicar los cuatro grados de oración:

«Su Majestad arranca las malas hierbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto cuando *se determina a tener oración* un alma y lo ha comenzado a usar. Y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que *crezcan estas plantas* y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores que den de sí gran olor para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta y a holgarse entre *estas virtudes*» (41).

Al paso de la oración camina el edificio de la vida espiritual, porque la oración mental es un medio para la perfección. Por eso, la determinación exigida para los comienzos de la oración va indirectamente enderezada a la adquisición de las virtudes. Toda alma que comienza oración mental, la comienza para adquirir virtudes, y el primer fruto es un propósito firme de enriquecer su alma con sólidas virtudes. Un alma generosa comienza el camino de la santidad «*con grandes deseos y hervor y determinación de ir adelante en la virtud*» (42).

Aunque hemos visto hasta ahora a Teresa encarecer con insistencia la importancia de los primeros actos de decisión determinada, en otros lugares parece dejarla en olvido y en segundo lugar. Así, en *Camino*, escribe: «Pues, ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, Hacedor nuestro? *Que es tanto como nada, una determinacioncilla*» (43). Por otra parte, inmediatamente esa *nada* se convierte en *todo*: «Pues si lo que no es *nada* quiere Su Majestad que merezcamos por ello el *Todo*, no seamos desatinadas» (44).

¿Cómo se explica?

La perfección es principalmente obra de la voluntad. Dios nos pide precisamente este acto de la voluntad, que se entrega decididamente a la virtud. Cuando existe este acto, Dios pone los otros medios con su gracia, para que vaya adelante la obra de la santificación del alma (45).

El camino de la virtud exige grandes trabajos. La Santa no lo ignoraba. Por eso, nos dice que las primeras determinaciones cuestan mucho, a veces, a la flaqueza humana: «Es menester aquí —escribe— que señoree la fe a nuestra miseria, y no os espantéis si al principio de determinaros, y aun después, sintiereis temor y flaqueza; ni hagáis caso de ello, si no es para avivaros más a dejar hacer su oficio a la carne» (46).

Para probar su afirmación, la Santa deja a un lado la experiencia de todos los mortales y acude a la del mismo Hijo de Dios:

(41) V. 11, 6.

(42) V. 31, 18.

(43) C. 16, 10.

(44) C. 16, 10.

(45) «... no penséis que [Dios] ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad» (M3, 1, 7).

«Bien creo que favorece el Señor mucho a quien bien se determina» (C. 14, 1).

(46) CAD. 3, 10.

«Mirad que dice el bueno Jesús en la oración del Huerto: 'La carne es enferma', y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor. Pues si aquella carne divina y sin pecado, dice Su Majestad que es enferma, ¿cómo queremos la nuestra tan fuerte que no sienta la persecución que le puede venir y los trabajos?» (47).

El argumento de Teresa es convincente, al mismo tiempo que una consoladora ayuda para nosotros. Pero la Santa, siguiendo el hilo del paragón con Cristo, saca otra conclusión, paralela a la anterior:

«Ofréceseme ahora aquí, cómo nuestro buen Jesús muestra la flaqueza de su Humanidad antes de los trabajos y en el golfo de ellos tan gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas ni en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padeciese con flaqueza. Cuando iba al Huerto, dijo: 'Triste está mi alma hasta la muerte'; y estando en la cruz, que era ya pasando la muerte, no se queja» (48).

El intento de la Santa en este texto es el de probar que los trabajos de la santidad son más difíciles de soportar en los comienzos. Y por cierto que bien nos lo ha demostrado con autoridad tan evidente. Pero su finalidad no era precisamente ésta, sino la necesidad de las decisiones resueltas en los primeros pasos de la perfección, venga lo que viniere. Por eso mismo, es menester mayor determinación aquí que en el resto del camino espiritual.

Teresa especifica algunos de los trabajos que se ofrecen cuando el alma se decide a darse del todo a Dios. El lenguaje teresiano esta vez es sumamente realista y de gran consuelo para las almas pusilánimes:

«... bien se puede aparejar un alma... a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mismo mundo la matará. No veo, cierto, otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos que a poder de murmuraciones no las perfeccionen. Digo que es menester *más ánimo para, si uno no está perfecto, llevar camino de perfección*, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve, si no es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced. El mundo, *en viéndole comenzar*, le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por vicio, y así lo juzga en el otro. No ha de haber comer ni dormir, ni, como dicen, resolgar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar que aún se están en el cuerpo. Por perfecta que tengan el alma, viven aún en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies. Y así, como digo, *es menester gran ánimo*, porque la pobre alma *aún no ha comenzado a andar y quiérenla que vuele*; aún no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los santos después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa y aun para lastimar mucho el corazón; porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse» (49).

Análogamente, el religioso o la religiosa que se propone seguir con absoluta fidelidad los estatutos de su Orden ha de superar innumerables dificultades (50).

(47) CAD. 3, 10.

(48) CAD. 3, 11.

(49) V. 13, 17.

(50) V. 7, 5.

La importancia que da Teresa a los entusiasmos de primera hora se fundan tanto en la psicología humana como en la bondad de Dios, que no quiere otra cosa que buena voluntad en nosotros. La Mística Doctora nos lo dice bien a las claras, que quien se determina «tiene andado gran parte del camino», y que, en proponiéndose a sufrir los trabajos de la vida de perfección, desaparecen como por encanto todas las dificultades. El alma determinada a dejarse en los brazos de Dios desconoce todo trabajo y dolor, «porque no quiere sino lo que quiere Dios» (51).

III. ORIGEN Y PROPIEDADES.

La determinación de que hablamos nace de la virtud de la fortaleza.

La Santa nunca se propuso —ni lo hubiera conseguido, probablemente— tejer un tratado de virtudes. Por eso, nunca nos ha dicho expresamente que las determinaciones son hijas de la virtud de la fortaleza. Sin embargo, afirmación de tan claras luces no pudo ser ajena a Teresa. Para convencernos, basta abrir cualquiera obra suya y ver aquí y allí identificar ambas virtudes o suponer tal dependencia.

Ella misma nos dirá que se determinó a seguir el camino de la oración *con todas sus fuerzas* (52); que el amor de Dios consiste en servirle con «justicia y fortaleza de ánimo» (53); mientras, en otro lugar, nos afirmará que este mismo amor consiste «en la *mayor determinación* de desear contentar en todo a Dios» (54). Y, ¿quién negará que su célebre página —ya citada— del capítulo 21 del *Camino de Perfección*, donde estampa el más bello retrato de la «*muy determinada determinación*», es una definición de la fortaleza, aplicable y aplicada al ejercicio de la oración mental en sus comienzos? (55).

Nos parece tan evidente esta relación entre la determinación y la fortaleza, que creemos superfluo aducir más pruebas de los textos teresianos. Es afirmación que cae de su propio peso.

Pero Teresa nos ha dado un detalle más. *El factor máximo de la determinación teresiana es la esperanza, que supone confianza en la ayuda de Dios y abandono en su santa voluntad.*

Nunca ha sido ponderada suficientemente la doctrina teresiana del abandono y confianza en Dios. Sin embargo, creemos que las obras de la Santa castellana contienen una rica espiritualidad sobre este punto,

(51) V. 11, 13; F. 14, 5; C. 16, 10; M2, 1, 7.

(52) V. 4, 7.

(53) V. 11, 13.

(54) M4, 1, 7.

(55) C. 21, 2.

comparable, a nuestro juicio, con la de su hija Santa Teresa de Lisieux (56).

Limitándonos al tema que traemos entre manos, tenemos un texto precioso, que pone en evidencia la verdad de cuanto decimos. La Santa viene hablando del primer grado de oración mental en el libro de su *Vida*, sus palabras valen para todos los aspectos del camino espiritual. Escuchémoslas:

«Tener *gran confianza*, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino *crear de Dios* que, *si nos esforzamos*, poco a poco, aunque no sea luego, *podremos llegar a lo que muchos santos con su favor*; que si ellos nunca se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de *ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí...*»

«Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que *todo se puede en Dios*; en mí bien entendía *no podía nada*. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustín: 'Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres'... *Siempre la humildad delante para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras*» (57).

En estas líneas, hallamos compendiados todos los aspectos del pensamiento teresiano: confianza en Dios, fundada en la fe, que nos induce a la esperanza de alcanzar las cumbres de la santidad, del mismo modo que lo hicieron otros. Tal confianza y esperanza es actividad pletórica de ánimos, al mismo tiempo que radicada en la humildad. Esta ha de presidir todos los movimientos ascensionales del alma, para que comprenda que las fuerzas propias nada son, sino que todo ha de venir de Dios, con cuya ayuda todo lo podemos.

No podía darnos Teresa mejor definición de la virtud teologal de la esperanza, ni mejor síntesis del papel de una confianza, que en ella no es un mero abandono en los brazos de Dios, sino un dinamismo vital. Y ésta es precisamente su característica. Creemos que, mientras en la confianza y abandono en Dios de Santa Teresa de Lisieux prevalece el aspecto de pasividad, en la Santa Reformadora del Carmelo, tales virtudes están matizadas de una actividad febril de «ánimas animosas», que emprenden su carrera con «muy determinada determinación» (58). En *Conceptos del Amor de Dios*, hallamos un texto que revela muy claramente el carácter dinámico del abandono de la Santa

(56) Aunque la Santa lexoviense no nos ha dicho nada sobre sus lecturas de los escritos de su Santa Madre, como lo hace respecto a San Juan de la Cruz, sería muy temeraria la afirmación negativa; al menos sabemos con certeza que conocía muchos particulares de la doctrina teresiano-abulense por las frecuentes alusiones y citas. No nos atrevemos a afirmar categóricamente cosa alguna sobre el particular, porque carecemos de pruebas suficientes; pero nos inclinamos a sospechar algún influjo de la Santa española en la concepción teresiano-lexoviense de la confianza filial en Dios. Aunque es verdad que Teresa de Avila no centra aquí su pensamiento doctrinal al modo de la de Lisieux, en aquélla tenemos material suficiente para una elaboración tan acabada de la confianza y abandono en los brazos amorosos de Dios, como en la Santa de nuestros días.

Cfr. V. 8, 12; V. 9, 3; V. 13, 4; V. 19, 3; V. 34, 10; C. 29, 2; C. 41, 4; C. 29, 3; M6, 3, 17; CAD. 3, 12; F. 1, 2, etc.

Cfr. *Historia de un alma*, cap. 8, n. 23; carta a Sor María del Sdo. Corazón, de 1 de mayo de 1888; a Celina, del 18-6-1893; al P. Roulland, del 1-11-1896...—Citamos la cuarta edición española de las *Obras Completas de Santa Teresita del Niño Jesús*, pról., trad. y notas del P. BRUNO DE S. J., O. C. D., Burgos, El Monte Carmelo, 1955.

(57) V. 13, 2 y 3.

(58) V. 13, 2; C. 21, 2.

castellana: «¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor Nuestro y hacer un concierto con Su Majestad, que mire yo a mi amado y mi amado a mí; y que mire El por mis cosas y yo por las suyas!» (59).

Aquí vemos a Teresa arrojarse en los brazos de Dios y, al mismo tiempo, afanarse por las «cosas» del Amado.

Sin embargo, esto no significa que el abandono de Teresa de Lisieux sea de índole quietista ni de ociosa pasividad. Solamente queremos apuntar las *características sobresalientes* de ambas Teresas, según nuestro modo de ver.

Abandono, confianza, esperanza y vigorosa determinación se suceden, se compenetran y se confunden en la doctrina de Santa Teresa de Jesús con admirable armonía. Baste un solo texto para convencernos:

«¡Oh Señor mío y Misericordia mía y Bien mío! Y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida, que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede *em- prender* por Vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor? Que culparme muy mucho por lo que no os sirvo. Y así os suplico con San Agustín, con toda determinación, que 'me déis lo que mandareis, y mandadme lo que quisierdes', *no volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda*» (60).

Es fácil comprender este particular teresiano. El amor es la causa de ello; el amor hace que surjan mil determinaciones heroicas apoyadas en la esperanza; determinaciones que, por otra parte, exigen un índice elevado de fortaleza.

Con todo, el *abandono activo* de Teresa de Avila no es presunción ni orgullo de propia suficiencia. La frase con que termina su arenga determinativa excluye toda presunción, y pone de un solo plumazo las cosas en su justo medio: «*Siempre —dice—, la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras*» (61).

Y henos aquí con la humildad, virtud que invade todos los ángulos de la doctrina teresiana. La humildad da su tono a todo el magisterio de la Santa. Cuando ya nos ha movido a una enérgica decisión de entrega a la santidad, acaba de recordarnos la necesidad de la humildad. Cuando nos vea postrados y abatidos, sin fuerzas para dar un solo paso, nos aplicará la misma receta de la humildad —la humildad verdadera—, pero esta vez acompañada de la virtud de la fe y, con ella, la esperanza:

«Es menester tener aviso —nos dice en CAD. 3, 5—, porque esta flaqueza natural nos hará perder una gran corona. Cuando os hallareis con esta pusilanimidad, *acudid a la fe y humildad* y no dejéis de *acometer con fe*, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza a muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, como se determinaron a pasar por El.»

La virtud de la humildad, según Teresa, consiste en conocer la

(59) CAD. 4, 8.

(60) CAD. 4, 9.

(61) V. 13, 3.

verdad y andar en ella. Del conocimiento propio surge la conciencia de la propia nada. Por el contrario, del conocimiento de Dios —natural exigencia del propio conocimiento—, el alma, movida por la bondad de Dios, pone en El toda su confianza, y espera firmemente su ayuda como remedio indispensable de la propia nada; con el Todo de Dios, llena su nada. De aquí nace la clásica determinación teresiana.

Este itinerario teresiano, que comienza como base en la humildad —en Teresa no podía serlo de otra forma— y, pasando por la esperanza y el abandono en Dios, desemboca en un resuelto propósito de entrega a la causa de Dios, no es una construcción nuestra. Textos bien explícitos nos lo aseguran con creces, descendiendo incluso, en su fino sentido realista, hasta los casos concretos. Así, por ejemplo, escribe Teresa, en *Conceptos del Amor de Dios*:

«Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro natural y esfuerzo; sino procuremos de fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotros y que si Dios no nos favorece, no somos nada, y desconfiar de todo punto de nuestras flaquezas y confiar de su misericordia, y que hasta estar ya en ello es toda la flaqueza. Que no sin mucha causa lo mostró Nuestro Señor; ... al principio de mortificarse un alma, todo se le hace penoso; si comienza a dejar regalos, pena; y si ha de dejar honra, tormento; y si ha de sufrir una palabra mala, se le hace intolerable; en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabare de determinarse de morir al mundo, verse ha libre de estas penas; y, todo al contrario, no haya miedo que se queje» (62).

Del propio conocimiento y del conocimiento de Dios a la «muy determinada determinación» no hay más que un paso: «... del pensar lo que debemos al Señor, y quién es, y lo que somos, se viene a hacer una alma determinada» (63).

Es alarmante, a primera vista, la afirmación de Teresa: «Procuraremos de fortalecernos de humildad.» Precisamente, ¿la humildad no causa abatimiento? ¿El conocimiento de la propia miseria no hace caer los brazos para todo? ¿Cómo quiere Teresa fortalecernos con la nada?

Estos interrogantes olvidan, ciertamente, la función de la esperanza y el itinerario de la fortaleza y determinación, señalados arriba. De la indigencia propia, el alma acude a la omnipotencia de Dios, y, con ella, se arroja a toda empresa sobrenatural: esto se llama esperanza sobrenatural, virtud teologal. No quiso decir otra cosa la Santa al escribir: «... somos flacos, y no hay que fiar de nosotros (cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios)» (64).

Teresa invierte maravillosamente los órdenes. Hasta ahora, nos ha puesto a la humildad como causa de la esperanza, y ésta, a su vez, de la determinación, o, más inmediatamente aún, nos aconseja sacar fuerzas de la humildad. Ahora, nos las ha colocado en armónica recipro-

(62) CAD. 3, 12.

(63) F. 5, 3.

(64) C. 41, 4.

cidad, y no faltan textos que nos enfoquen la *humildad como efecto de la fortaleza o determinación*, en este caso, usadas equivalentemente. Refiriéndonos a esto postrero, podemos ver la prueba teresiana:

«... no entendamos cosa en que se sirve más el Señor que no presumamos salir con ella, con su favor. *Esta presunción* querría yo en esta casa, *que hace siempre crecer la humildad*: tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes» (65).

Esto es fácil de comprender, si se tiene en cuenta el concepto de humildad en la Santa, cuyos factores son, en concreto, el conocimiento de Dios y el propio. Aquí, Teresa advierte que esta «santa. osadía» ha nacido al amparo de la ayuda divina. El alma sincera —humilde ya, por lo tanto, pues anda en verdad— reconoce el origen divino de su fortaleza y la ausencia de mérito alguno propio. De este modo, «anda en verdad» y, por consiguiente, crece la humildad.

Esta inversión de factores no implica contradicción en Teresa, sino la misma idea presentada bajo otro aspecto o de forma diversa o inversa, pero reductible a la fórmula originaria.

Creemos que queda claro el pensamiento teresiano.

Las determinaciones resueltas nacen de la fortaleza y de la virtud teologal de la esperanza, que, a su vez, son efectos de la humildad verdadera.

Por ser esta virtud de la determinación de carácter netamente ascético, hemos omitido intencionadamente su aspecto infuso. Como en otras virtudes, también aquí las gracias místicas producen efectos positivos: queda el alma más fuerte y más decidida a la total entrega al servicio divino. A este propósito, pueden consultarse numerosos textos teresianos. Entre otros: V. 21, 12; V. 26, 2; V. 16, 5; M6, 2, 6; M6, 6,4 - 5; M6,5,9 - 10; M6,1,2, etc.

IV. LA DETERMINACION DE TERESA.

Teniendo en cuenta el postulado, admitido por todo teresianista, de que la doctrina de la Santa antes fué vida que letra escrita en sus inmortales obras, cabe preguntar: ¿En qué época de su vida tuvo su eco el magisterio de la «muy determinada determinación?» En otras palabras, ¿cuándo experimentó Teresa la eficacia determinativa o cuáles son los motivos personales de Teresa para inculcarnos tanto el animarnos en los comienzos de la perfección en general y de la oración mental en particular? ¿Cómo llegó la Santa a descubrir la importancia de los primeros arranques emotivos?

El problema no implica dificultad, si tenemos en cuenta la expe-

(65) C. 16, 12.

riencia natural del pecado en Teresa (66). Antes de la conversión definitiva, la Santa tuvo que pelear muchísimo, tanto en lo que concierne a su vida espiritual en general como a la oración mental. Por esto, es errónea la idea que tal vez se puede formular al considerar su doctrina, pensando que el lenguaje teresiano no supone defeciones, una vez que el alma se determina a darse de lleno a la vida interior.

En concreto, referente a la oración mental, son de notar las noticias que nos da la Santa de los primeros años en que comenzó a practicarla. Cuando, en su doloroso camino a Becedas, se detuvo en casa de su tío don Pedro de Cepeda, ésta le había regalado el *Tercer Abecedario de Francisco de Osuna*. Aquí halló la Santa su primer maestro de oración. Aquí aprendió el mecanismo de la meditación. Entusiasmada en extremo de este nuevo método de santidad, decidió dedicarse a la oración mental con todo el ánimo de su carácter varonil: «... *determinéme —escribe— a seguir aquel camino con todas mis fuerzas..., comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino teniendo aquel libro por maestro*» (67).

Estos ardores iniciales pronto tuvieron feliz suceso e, incluso, culminaron en los primeros grados de la oración mística, que repercutían en su vida interior, haciendo que diera grandes pasos en la perfección (68). Su limpia conciencia y su fidelidad a la oración habían producido frutos tan palpables, que no los olvidará Teresa.

Pero su vida había de tener su crisis. Y en esta crisis, la oración mental salió la peor parada. Contra la determinación, formulada en su juventud, de darse a ella con todas sus fuerzas, surge ahora un escollo gigantesco, que la Santa no logrará superar: Teresa no era digna de tratar de amistad con Dios, pues tan embebida vivía en los contentos del mundo:

«Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental y tanto trato con Dios la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias» (69).

Teresa yacerá en este engaño por espacio de un año o más (70). El P. Barrón la enderezará de nuevo al camino de la oración mental, y esta vez, definitivamente. La decisión enérgica de la Santa Ahumada se entrevé en sus palabras: «... tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho.

(66) En los nueve primeros capítulos de la Autobiografía nos describe la Santa sus contrastantes altibajos en la vida espiritual y los posibles peligros de pecado, que, con todo, nunca llegaron a faltas graves, según nos lo aseguran sus confesores. Cfr. P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D., *Biblioteca Mística Carmelitana*. I. Burgos, El Monte Carmelo, 1915, p. 11, nota, y p. [41], nota.

(67) V. 4, 7.

(68) V. 4, 7.

(69) V. 7, 1. Cfr. P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D., en SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*. I. Madrid, BAC, 1951, n. 354.

(70) V. 7, 11.

Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y *nunca más la dejé*» (71).

Recuérdense las alternativas de la vida interior de la Santa (72).

A propósito de sus fervores del noviciado, Teresa nos ha relatado una experiencia propia, que la hemos visto traducida en doctrina en páginas anteriores: el valor psicológico de las primeras determinaciones que allana los trabajos. Tomado el hábito del Carmen, Teresa se sintió inundada de gozo; con él, llevaba alegre las privaciones de la vida claustral.

«Cuando de esto me acuerdo —escribe— no hay cosa que delante se me pudiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla; porque ya *tengo experiencia en muchas* que, si me ayudo al *principio a determinarme a hacerlo*, que siendo sólo por Dios, *hasta en comenzarlo quiere*, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después» (73).

Esta experiencia teresiana, que, como hemos visto, se repite a través de su vida, tuvo que tenerla muy presente al asegurar a sus hijas la pasajera dificultad inicial de las determinaciones (74).

Sin embargo, Teresa había de tener otra triste experiencia de la frustración de sus resoluciones de entregarse de lleno a la virtud. Nos lo confesará en varias ocasiones, referentes al tiempo que precedió a su última «conversión». En ellas, su letanía será constante: «Todas mis determinaciones me aprovecharon poco» (75); «ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía para no tornar a caer en poniéndome en la ocasión» (76); «cuán atada me veía para no determinarme a darme del todo a Dios» (77).

Pero el hecho más clásico y auténtico de las decisiones teresianas le tenemos en la narración de su total y decisiva entrega a la virtud. Nos cuenta así la Santa:

«Acaeciómeme que entrando un día en el oratorio, vi una imagen... Era de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, *suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.*»

«... *estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Páreceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba.* Creo cierto me aproveché, porque *fuí mejorando mucho desde entonces*» (78).

Aquí, la gracia divina halló campo apto en Teresa para obrar su efecto santificador. Esta obra sería la definitiva determinación teresiana, que la encauzaría hacia Dios, sin desfallecimientos que la hi-

(71) V. 7, 17.

(72) V. 1-10.

(73) V. 4, 2.

(74) V. 11, 13.

(75) V. 4, 9.

(76) V. 6, 4.

(77) V. 9, 8.

(78) V. 9, 1 y 3.

cieran volver las espaldas. Pero, para estas fechas, la Santa había probado suficientemente el amargo fracaso; por eso, esta eficaz resolución final se apoya, incondicionalmente, en la ayuda divina, y de ella espera Teresa la solución de su problema interior.

Por consiguiente, su doctrina sobre las primeras determinaciones estará plétórica de energía varonil; pero, al mismo tiempo, apoyada en la confianza que le infunde la bondad de Dios.

Años más tarde, cuando Teresa se vea confortada con las experiencias místicas de las *Moradas* superiores, se verá colmada de fortaleza sobrenatural, que allanará todos los obstáculos, para tomar determinaciones heroicas (79). Sin embargo, sus encarecimientos acerca de esta virtud no se referirán precisamente al orden místico e infuso, sino al ascético, donde nos hemos situado también nosotros en nuestro trabajo.

En la vida de oración mental, aprendió Teresa la eficacia de los primeros ánimos determinativos, mientras en su vida de perfección, se dió cuenta de las cualidades que encierra la «muy determinada determinación»: desconfianza de sí y confianza en Dios, con el consiguiente abandono en sus brazos divinos; a ello contribuyeron las tentativas fracasadas de Teresa.

Aunque no se han de separar en la Santa la vida de oración y la de perfección, creemos que sobresalen las características que hemos señalado a propósito del tema que nos ocupa; mientras la oración tuvo una sola defeción en su existencia, ninguno ignoraba los altibajos de su vida de perfección.

BLAS DE JESÚS, O.C.D.
Vitoria

(79) «Déjanme estos arrobamientos y visiones con las ganancias que aquí diré, y digo que si algún bien tengo, de aquí me ha venido. Hame venido una determinación muy grande de no ofender a Dios ni venialmente, que antes moriría mil muertes que tal hiciese, entendiendo que lo hago. Determinación de que ninguna cosa que yo pensare ser más perfección y que haría más servicio a nuestro Señor, diciéndolo quien de mí tiene cuidado y me rige que lo hiciese, sintiese cualquiera cosa, que por ningún tesoro lo dejaría de hacer» (R. I, 8).